

**El reto de leer a los clásicos de la Filosofía  
(bajo el dominio de las tecnologías de la información y la comunicación)**

Fernando Aurelio López  
ENP 9 “Pedro de Alba”

El texto de Alberto Manguel *Una historia de la lectura* es una celebración a la lectura y al libro. Es una obra extraordinaria, entre otras cosas, porque ha sido escrita en un momento crucial: presenciamos una crisis tanto de la actividad como del objeto. Sobre la lectura, resulta equívoco decir que hoy leemos poco: entre tuits, correos electrónicos, blogs, sitios, “muros virtuales” se va buena parte de nuestra atención cotidiana; estar conectado implica leer. Sobre el presente y el futuro del objeto “libro impreso” no hay unanimidad de opiniones; pero, sólo para ilustrar el asunto, cito de memoria los comentarios que sobre la obra de Octavio Paz (a propósito de su centenario) hizo en estos días el editor de la revista *Letras Libres* en una entrevista radiofónica: “Es una pena —decía Fernando García Ramírez—, pero hoy no se lee a Paz y una de las principales razones de ello es que su obra no está disponible en formato electrónico; a los jóvenes no les interesa buscar los ocho tomos de su obra impresa”. Esta cuita no revela un hecho menor: me parece muy relevante, sobre todo cuando se trata de un premio Nobel y de un referente indispensable de las letras mexicanas del siglo XX.

Mientras tanto, Manguel, literalmente entusiasmado, se afirma dichoso porque desde niño ha pertenecido a un linaje privilegiado: el de los lectores (el mismo Borges decía de sí mismo que era mucho mejor lector que escritor); pero aquí sí, inequívocamente, el de los lectores de libros. (Algún rabino medieval incluiría a Yahvé mismo en ese linaje, porque, según el maestro judío, Dios lee y estudia la Torah). Leer libros, para Manguel, es un acto de portento interpretativo (cuyas últimas explicaciones neurofisiológicas están todavía pendientes), que procura, como pocas actividades humanas, una reveladora intimidad personal o el despertar a una vivencia de interioridad por medio de la lectura silente (extraña en

la Antigüedad, procurada desde el Medioevo); pero también el encuentro y la posibilidad de hacer comunidad mediante la lectura oral; y puesto que al leer podemos leer al mundo y a nosotros mismos, la lectura revela nuestra más profunda condición simbólica y social.

Por mucho que los lectores se apropien de un libro, el resultado es que el libro y el lector se convierten en uno. El mundo, que es un libro, es devorado por un lector que es una letra en el texto del mundo; de esa manera se crea una metáfora circular sobre la lectura sin principio ni fin. Somos lo que leemos.<sup>1</sup>

Por su parte, Italo Calvino ha escrito más de una docena de razones a favor de la lectura de los clásicos. Menciono las siguientes:

Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual.

Toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera.

Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir.

Un clásico es un libro que está antes que otros clásicos; pero quien haya leído primero los otros y después lee aquél, reconoce en seguida su lugar en la genealogía.<sup>2</sup>

¿Por qué Calvino se ha preocupado que escribir una apología de los clásicos? Podría haber dos motivos: justifica su la lectura porque se da cuenta de que cada vez se les lee menos y que esto revela una honda carencia en la cultura y educación contemporáneas. O bien, lo hace como recurso retórico porque lo que quiere, en realidad, es darnos su opinión sobre Homero, Stendhal y Flaubert. Como quiera que sea, el hecho de que algunos años después de publicado su

---

<sup>1</sup> Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, México, Almadía, 2013, p. 280.

<sup>2</sup> Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, México, Tusquets, 1993, pp 13-28

libro, un grupo de académicos se reúna para preguntarse si hay o no que leer a los clásicos de la filosofía, le da a Calvino ciertos encantos de profeta.

En efecto, lo que muestra la pregunta que nos congrega hoy es algo obvio: que es posible (o hasta deseable, dirían algunos) educar en el ámbito de la filosofía y las letras mediante “otras plataformas” alternas al libro impreso. Se esgrimen en general dos razones: la primera afirma que existen hoy tecnologías de la comunicación cuyas virtualidades involucran una enorme variedad de posibilidades de interacción entre el emisor y el receptor; la segunda dice que el tránsito del texto al hipertexto es sólo un cambio del “vehículo transmisor”, como el que se dio de las tablillas de arcilla al papiro, de éste al pergamino, de éste al códice y de éste al libro impreso. Me interesa discutir brevemente la segunda razón.

En el año 2011 apareció en español un libro de Nicholas Carr, un profesor norteamericano de humanidades que ampliaba a casi 400 páginas un artículo que publicó en internet en el año 2008. El libro se llama *Superficiales ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?*; el artículo se preguntaba: “¿Está google volviéndonos estúpidos?”. Carr comenta que un día se percató de que cada vez le era más difícil hacer una actividad que en un pasado reciente realizaba con facilidad y placer: la lectura meditada, profunda. Es decir: le costaba concentrarse, focalizar, abstraerse, “absorberse en el libro”. Pero, además, cada vez le era más complicado comprender y juzgar adecuadamente lo leído; vale decir: jerarquizar, discriminar, sopesar, sintetizar, valorar... Se le ocurrió, entonces, comprobar si podría haber una correlación entre lo que hacía con más frecuencia últimamente, es decir, “estar conectado” y la pérdida de aquella capacidad. Y, en efecto, Carr prueba que así es.

Durante los últimos años he tenido la sensación incomoda de que alguien o algo, ha estado revolviendo mi cerebro, rediseñando el circuito neuronal, reprogramando la memoria. [...] No pienso de la manera que solía pensar. Lo siento con mayor fuerza cuando leo. Solía ser muy fácil que me sumergiera en un libro o en artículo largo. Mi mente quedaba atrapada en los recursos de la narrativa o

los giros del argumento, y pasaba horas surcando vastas extensiones de la prosa. Eso ocurre pocas veces hoy. Ahora mi concentración empieza a disiparse después de una página o dos. Pierdo el sosiego y el hilo, empiezo a pensar qué otra cosa hacer. [...] Creo que sé lo que pasa. Durante más de una década ya, he pasado mucho tiempo *on line*, buscando y navegando [...] Los beneficios son reales. pero tienen un precio. Como sugería McLuhan los medios no son sólo canales de información. Proporcionan la materia del pensamiento, pero también modelan el proceso de pensamiento. Y lo que parece estar haciendo la Web es debilitar mi capacidad de concentración y contemplación. Esté *on line* o no, mi mente espera ahora absorber información de la manera en la que la distribuye la Web: en un flujo veloz de partículas. En el pasado fui buzo en un mar de palabras. Ahora me deslizo por la superficie como un tipo sobre una moto acuática.<sup>3</sup>

Con datos experimentales, mediante la confrontación de evidencias empíricas y teóricas, el autor prueba al menos lo siguiente: primero, que no es lo mismo, desde el punto de vista de lo que ocurre en el nivel cerebral (o mental), leer libros impresos que leer en una pantalla electrónica; segundo, que el “lector” de internet y el “lector” de libros generan capacidades distintas: el cibernauta es más hábil para tomar decisiones rápidas y puede “hojear” a grandes rasgos un conjunto de imágenes y texto, pero le es cada vez más difícil el análisis profundo basado en procesos de abstracción compleja; tercero, a diferencia de las reticencias socráticas, en el “lector de libros” se potencian las capacidades relacionadas con la memoria a largo plazo, mientras que en el ciberlector se pierden; cuarto, la dispersión de la atención —cuya brutal focalización demanda el libro—, es, en cambio, muy propicia al cibernavegante.

Una vez dicho lo anterior me gustaría ensayar, por último, las consecuencias de un mundo posible.

Digamos de entrada que la presencia de las TIC’S ha transformado prácticamente todos los ámbitos de la realidad: los avances de la tecnociencias serían impensables sin ellas; las operaciones financieras y económicas mundiales

---

<sup>3</sup> Nicholas Carr, Superficiales ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?, México, Taurus, 2011, p. 17-19.

dependen enteramente de su uso y eficacia; la defensa militar de prácticamente todos los países se vale cada vez más de estos recursos para afianzar su hegemonía; y, por qué no decirlo, en el mundo del arte contemporáneo arquitectos, pintores, músicos y cineastas dependen casi enteramente de las nuevas tecnologías (en algunas escuelas profesionales algunos profesores se quejan amargamente de que sus alumnos son incapaces de hacer nada sin su Mac). De modo que es imposible que el ámbito de la educación quede al margen: nuestros recientes políticos se han vendido como promotores incansables de la educación con computadoras e internet y en los consejos técnicos de algunas escuelas universitarias se mide el desempeño de los docentes dependiendo de si ha sido o no capaz de usar aulas virtuales, plataformas en línea, microblogs o blogs educativos, etc.

Una vez dicho lo anterior, que no es otra cosa sino lo evidente, pensemos en un adolescente promedio que, digamos, tiene su cuenta en Facebook (con “más de un millón de amigos para así más fuerte poder cantar”); tiene su cuenta en Twitter y está enterado de las “tendencias del momento” (por ejemplo, saber cuántos miles de veces ha sido retuitada una “selfie”); tiene una cuenta en Instagram en la que pone, debidamente retocadas, sus fotos; tiene su cuenta en Youtube en la que ve los comerciales del superbowl o el modo en como interpretan en indonesia el “Harlem shake”; además, juega unas cuantas horas al día con video juegos que luego son retirados debido a su alta propensión a la adicción (me refiero al caso reciente de “Flappy Bird”). ¿Podemos decir que este joven no lee? Por supuesto que lo hace y mucho. Además, quién lo duda, es mucho más hábil que cualquier adulto para encontrar datos en la red casi al instante. En este sentido ha desarrollado habilidades cerebrales casi inverosímiles para muchos (hoy los niños de 2 años pueden usar teléfonos inteligentes), que le permiten estar interconectado de una manera hasta hace poco insospechada. Pero si Nicholas Carr tiene razón (y creo que la tiene), ese estudiante será cada vez más incapaz de leer y concentrarse, de leer y entender textos en los que no ocurra que “el medio sea el mensaje”; no podrá meditar con detenimiento un pasaje y discutirlo con sus condiscípulos (porque acaso sólo se miren unos a otros

sorprendidos); o le será imposible retener, rumiar y repetir de memoria (*by heart*, nos recuerda Steiner la elocuente expresión inglesa) un pasaje textual.

Entonces, ¿la idea es volver a la época predigital? ¿Se trata, acaso, de prohibir (como en algunos países) el uso de internet? Por supuesto que no, pero, desde el punto de vista de la educación en filosofía (o en letras) hace falta tomar conciencia de una falacia y de un reto. La falacia consiste en creer las nuevas tecnologías son sólo una extensión electrónica del libro impreso: no lo son. El reto tiene que ver con una auténtica y profunda reconfiguración de nuestro quehacer intelectual que, como dijo Whitehead, consiste en comentar con notas de pie de página los textos de Platón; tenemos que estar alertas a lo que significará hacer filosofía en 140 caracteres, a lo que significará que los estudiantes de humanidades se gradúen sin leer a los clásicos, no porque no quieran hacerlo, sino porque no puedan.